

Manuel Jesús Roldán

Cara de ángel

LA ROLDANA (1652-1706)

el paseo, 2023

© Manuel Jesús Roldán Salgueiro, 2023
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2023

www.elpaseoeditorial.com
Colección Narrativa

1.ª edición: octubre de 2023

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés
Corrección: EL PASEO EDITORIAL
Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-19188-34-2
DEPÓSITO LEGAL: SE-1724-2023
CÓDIGO THEMA: FC; AGA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

- I. Temerosa de la muerte • 11
- II. Crecerá como cedro en el Líbano • 17
- III. Donde todo es necesidad • 24
- IV. Más antigua que el tiempo • 34
- V. Dos pueblos se dividirán desde tus entrañas...
(Génesis 25, 24) • 45
- VI. Con el aire de una estatua animada • 54
- VII. La mujer y la manzana • 63
- VIII. Pájaros de barro • 72
- IX. *Deus qui beatum Ferdinandum* • 82
- X. Ponme como sello sobre tu corazón • 91
- XI. Armas y gobierno de tripas • 100
- XII. El que más temía a Dios • 110
- XIII. Egudiel, la penitencia de Dios • 120
- XIV. Dimas y Gestas • 129
- XV. Ni todo el cielo es estrella, ni todo el cielo es vacío • 138
- XVI. Discurso de la Verdad • 147
- XVII. Demonios • 156
- XVIII. Sálvate a ti mismo • 165
- XIX. *Vive moriturus* • 175
- XX. Tablero de ajedrez • 184
- XXI. Con sus manos • 193
- XXII. Enderezar el cuerpo • 202

XXIII. Señora de la Soledad • 212

XXIV. Cádiz • 221

XXV. *A peste nos curat* • 230

XXVI. Magdalena penitente • 239

XXVII. Madrid, villa y corte • 248

XXVIII. Rey de papel • 258

XXIX. *Quis ut Deus* • 267

XXX. El diablo y la olla • 277

XXXI. Teoría del dolor • 286

XXXII. Manos callosas • 296

XXXIII. Guerra y paz • 305

Cronología de la vida de Luisa Roldán • 315

Apéndice de obras mencionadas • 327

*A Silvia,
que se fue tan pronto.*

A Sara, mi Roldana.

I. Temerosa de la muerte

—Me duele todo.

La escultora ha repetido la frase que un día susurró todo un rey antes de morir, lo recuerda como si lo estuviera viendo, aquel pobre Carlos, tan enfermizo, tan cargado de achaques, tan esquivo a la belleza, tan cargado de muerte durante toda una vida... Las historias no se repiten, pero a veces se parecen demasiado. El frío del enero madrileño es presagio de muerte. Y hace frío. Así lo siente Luisa, Luisa Ignacia solo para su padre, Luisa Roldán, escultora de cámara de su majestad, de un rey cadáver en vida que murió devorado por el dolor y del nuevo rey que ha traído los aires de Francia al corazón de Castilla.

Madrid, 5 de enero de 1706. A Luisa le duele todo y está postrada en la cama. Siente la opresión húmeda de la habitación que la acoge en la calle del Gato, la que algunos conocen como de San Buenaventura, una dependencia que le gestionó el mismísimo duque del Infantado, don Juan de Dios de Silva y Mendoza, Dios lo guarde y lo bendiga, que es ración de segunda para una escultora de su majestad no poder habitar las casas del Tesoro, el lugar que acoge a las verdaderas grandezas de la corte.

Grandezas.

Si Luisa contara.

No la hubo más grande.

Eso piensa en la habitación fría a la que llega la brisa helada de la plaza de las Vistillas, junto al palacio del conde de Osuna, otro nombre que añadir al listado de grandezas que en este momento desfilan por la mente de la escultora. Grandezas de un tiempo pasado, triste consuelo para una mujer que lo ha modelado todo y que ahora es esculpida por la nada.

Junto a la cabecera de la cama, en una mesa donde se arrinconan unos petalillos mustios de flores que luchan por dar vida, se amontonan algunas de las reliquias de Luis Antonio. Ay, Luis Antonio. Fue el sentido de una vida que ahora no parece tenerlo. El relicario de la mesilla acoge dos espinas de la corona de Nuestro Señor Jesucristo, un pedazo de mantel de la Cena del Señor, un pedazo de trenzillo de la soga que pusieron a su Divina Majestad y un retal del paño con el que le vendaron los ojos. Luis Antonio siempre los ha conservado con mucho mimo. El mimo que no tuvo con Luisa, la mejor escultora de todos los tiempos. La que ahora ve cómo se le escapa el alma en cada suspiro y en cada aliento contenido para robar el tiempo al tiempo.

Pero el tiempo pasa. La vida también. Queda la obra. Es el consuelo para aquella que no tiene consuelo, una mujer en plenitud que siente el peso de todas las cruces que talló a lo largo de su vida y el dolor de todas las vírgenes que modeló en barro o que talló en las más variadas maderas. En una cama fría de la gélida Castilla, entre sudores y un cansancio que le hace sólido el aliento, Luisa es capaz de recordar a su esposo el destino de su reliquia más preciada:

—Mira Luis Antonio. Me queda poco. Lo siento y lo presiento. Es tiempo de verdades. De dejar la casa sosegada. De quedar en paz con Dios y hasta con los hombres...

El escultor consorte, el amante que fue esposo, el espejo que no fue de virtudes, el eterno aprendiz, que tuvo poco de maestro, intenta pronunciar unas palabras, pero Luisa lo impide.

—No es tiempo de reproches. Cada alma que ajuste sus cuentas. Pero no olvides las mías. Recuerda la cruz que tengo del Santo Lignum Crucis, esa mitad de la que se venera en el convento de las Descalzas Reales de esta inhóspita corte. Escucha bien lo que te digo. Dispongo que la lleven y coloquen en la capilla de la Virgen de la Soledad que hice para el convento de la Victoria de la ciudad de Puerto Real, y que se coloque allí en el día en que se celebra la solemnidad de las Lágrimas de Nuestra Señora.

Luis Antonio asiente.

Besando un crucifijo que lleva en el pecho, llega a balbucear un juramento que Luisa apenas llega a comprender. Está en un

momento de su vida en el que casi no comprende nada. Pero lo recuerda todo. Como si pasara por delante de sus ojos el cortejo de unos Reyes de Oriente de los muchos que ha hecho en su vida. Es ahora cuando le viene a la memoria uno de los refranes que su padre repetía con más frecuencia: «La cruz en los pechos y el diablo en los hechos».

Le consuela ver a su hermano Marcelino a los pies de la cama, no ha heredado el atractivo que un día tuvo su padre, pero tiene el mismo amor y pasión por el trabajo bien hecho. Siempre ha tenido aptitudes. Sabe codearse con esta corte que tantas miserias le ha hecho pasar, que tantas rogativas le ha obligado a escribir. Marcelino parece haber llegado con mejor pie. Ya pronto hará cinco años que fue nombrado escultor de cámara del rey Felipe, que todavía recuerda su juramento delante del marqués de Villafranca, un día de júbilo en el que ella también renovó su cargo en la corte. Llegaba la savia nueva de Marcelino, uno más de la familia, el hermano pequeño que podría continuar la saga, el niño que ya era un hombre y en el que Luisa ha visto siempre eso que en el Evangelio llaman limpieza de corazón. Como los ángeles que un día talló para la capilla de la Soledad del convento sevillano del Carmen, la Virgen de su Sevilla que más le recordaba a la corte donde un día llegó cargada de ilusiones.

«En todos los corazones un ángel espera...»

Otra vez viene a su mente una de las frases de su padre, debe ser la fiebre o quizás la endebles que arrastra desde hace días por culpa de las dolorosas hemorragias que sufre en ese rincón de un Madrid donde siempre ha sido extranjera. Al menos de corazón. Un corazón que ahora parece tomar un ritmo de cadencia suave, de gubiazos definitivos, de rezo de completas. A los pies de la cama está también don Pedro Flores, el doctor que tanto bien le ha aportado en los últimos días y don Luis Pardo, su eterno compañero; la consuelan con atención y en sus rostros parecen dibujarse las miradas de esos santos varones que alguna vez talló la escultora, esos santos de la Cofradía de los Toneleros, la Hermandad de las Tres Necesidades, todo un símbolo de su Sevilla natal, la ciudad que era su patria común, su dehesa franca, su nudo ciego, su globo

sin fin, su madre de huérfanos y su capa de pecadores, donde todo es necesidad y ninguno la tiene.

Pero Luisa tiene necesidad. De hacer las paces con Dios y con los hombres. Eso llega a pensar mientras pide algo de agua a Marcelino para intentar dictar sus últimas voluntades. Por la sequedad de su garganta parecen escabullirse algunas de sus últimas palabras:

—Soy mujer legítima de don Luis Antonio de los Arcos e hija legítima de Pedro Roldán, difunto, y doña Teresa de Villavicencio, y soy natural de la ciudad de Sevilla. Estoy postrada en cama de la enfermedad que Dios Nuestro Señor se ha servido en darme y en mi buen juicio y entendimiento natural, temerosa de la muerte que es cosa cierta e incierta su hora, manifiesto que no tengo bienes ni hacienda de la que poder testar...

Al fondo de la sala, el escribano que toma nota levanta la pluma del papel, espera una continuidad o quizás siente algo parecido a la compasión ante la injusticia de la muerte. Duda que Luisa pueda seguir hablando, pero, en apenas unos instantes que han parecido eternos, vuelve a oírse en la estancia la voz entrecortada de la escultora.

—En caso de que sea la voluntad de Dios Nuestro Señor sacarme de esta vida, pido y suplico al cura de la iglesia parroquial de San Andrés de esta corte haga enterrar mi cuerpo en el lugar sagrado que le pareciere y el bien y el beneficio de su alma en atención a su suma cortedad de medios, y así lo espera de su gran caridad...

Caridad. *Charitas*. Balbucea estas palabras y pasean por su mente los niños en madera que su padre labró para el hospital sevillano que acogía a los pobres y que enterraba a los desamparados, niños acogidos en el ático de un retablo presidido por aquella madre en la que siempre se imaginó representada, así sería ella algún día, así pensaba hace cuatro décadas, cuando su padre Pedro Roldán era el más reconocido escultor del reino, cuando la caridad se hacía retablo de columnas salomónicas ascendentes, con el entierro de Cristo, con los santos Jorge y Roque, con la fe y la esperanza, con las manos de artista de su padre, pero también las de Valdés, y las de Simón de Pineda y las del mismísimo

Bartolomé Esteban Murillo... Caridad. Luisa lucha con la sequedad de su garganta, con el cansancio de su corazón y hasta de su alma. Suspira. Y logra dictar las últimas voluntades.

—Dejo por únicos herederos a don Francisco de los Arcos y a doña María de los Arcos, mis dos hijos legítimos y al dicho Luis Antonio de los Arcos, mi marido, para que lo hereden con la bendición de Dios y la mía.

No tiene fuerzas para firmar. El notario se percata de su suma debilidad y comprende que no puede incorporarse. Firmará uno de los testigos.

El silencio oprime la habitación.

Las miradas de los presentes parecen rastrear todas y cada una de las olambrillas del suelo.

Los ojos de Luisa, los que tanta vida tuvieron, alcanzan el rostro del que ha sido su compañero, de alguna alegría y de excesivas fatigas. Alguna vez le contaron que en un tiempo lejano se enfrentaron cara a cara los ángeles y los demonios. La fiebre le da por pensar cosas sin sentido. Pero la vida debe tener alguno. Y Luisa parece buscarlo cuando saca fuerzas de su interior para dirigirse a su esposo y hacerle una última petición.

—Luis, descubre al Nazareno.

Luis Antonio, un fantasma cargado de culpas en una habitación pesada, se acerca al fondo del salón, retira un pequeño blandón y descorre ceremoniosamente una cortina. La sombra intuida queda desvelada y se puede contemplar la última obra en madera de la escultora. Un Nazareno. El Nazareno por excelencia. La obra que Luis quiso vender al papa Inocencio cuando falleció el rey Carlos. No olvida las palabras de aquel rey enfermizo al que le dolía todo al morir. Era un muerto en vida. Y Luis Antonio intentando vender su Nazareno al sumo pontífice, vive Dios que escribió todas las cartas del mundo para poder conseguirlo, pero la providencia quiso que la imagen no saliera de su casa. Ni para el pobre rey Carlos, ni para el nuevo monarca Felipe, ni para el papa Inocencio, ni para Clemente su sucesor. El Nazareno se ha mantenido en su taller. Cuando Luisa enfermó dispuso que lo trasladaran a su casa. Y allí está, rotundo, interrogante en su

mansedumbre, con su mirada perdida, con la barba bífida que acostumbró a gubiar en el taller de su padre, con la túnica del mejor terciopelo que nunca ha querido vender, a pesar de las penurias de la casa, y con la mirada perdida del Rey de reyes al que se le escapa la vida por el peso de una cruz que abraza con el último hálito de vida.

Algunos de los presentes se han arrodillado. Luis Antonio ha musitado algo, quizás una oración, quizás una maldición.

Luisa aspira con dificultad el aire de una habitación de fríos madrileños que se mezclan con humedades solariegas, sudores de fiebres enfermizas y aires de fin de existencia. Un olor a muerte que le recuerda al Valdés de su juventud y a las vanidades que se han ido evaporando a lo largo de su existencia. Huele a incienso y a la hierba que su madre le enseñó a mezclar junto a las brasas de cisco. Huele a terciopelo ajado y a cedro, a cedro del Líbano. Olores de una infancia y recuerdos del principio cuando todo parece llegar a su fin. Luisa cierra los ojos y en sus labios cansados parece dibujarse una sonrisa con el recuerdo de las palabras de su padre, el recuerdo del territorio de una infancia lejana.

«Pitágoras decía que el cedro era la mejor planta para enaltecer a la divinidad. Expulsa a insectos y a gusanos. Por eso lo llaman la vida de los muertos...»

La vida de los muertos.

Una sentencia para una mujer que es más muerte que vida. Una mujer enferma que recuerda el día lejano en que su padre la llevó a un taller que olía a madera.

A madera de cedro.

II. Crecerá como cedro en el Líbano

«Mira, Luisa Ignacia. Vas a oler algo que no olvidarás en toda tu vida. Pasarán los años y no habrá fragancia que la iguale. Es madera. Madera de cedro. Cedro del lejano Líbano.»

Nadie la llamaba por su nombre completo. Luisa Ignacia. Nadie salvo su padre. Su maestro. El gran maestro del arte de la escultura de su tiempo: Pedro Roldán y Onieva.

Sevilla, año del Señor de 1658. Fue su primera visita al taller. Cierra los ojos y todavía siente ante sus cansados ojos el fascinante espectáculo que contempló en aquel espacio tan lleno de misterios. Olía a cedro y a borne de Flandes, dos maderas diferentes para un único fin verdadero. La primera la usaba el maestro para las tallas importantes, para las imágenes de hermandades y para detalles en los que se estipulaba su uso. A veces, solo se usaba en la mascarilla o en las manos de vírgenes que se revestían con telas naturales. Su olor era inconfundible. Sabe que la acompañará hasta la tumba. La madera de borne hacía el resto, un material con el que se componían cuerpos o se dibujaban caprichosas formas en columnas que se enroscaban sobre sí mismas, cargadas de hojas de vid, en gigantescos retablos dorados.

Luisa era pequeña, rondaría los seis años, pero tenía el entendimiento suficiente para guardar sensaciones en su corazón y palabras en el fondo de su alma. Entró en el taller pisando virutas de madera esparcidas por el suelo, lascas de vida extraídas a maderas de círculos concéntricos que parecían contar las vidas ocultas en su interior. Vidas que se esparcían por cabezas de barro que se acumulaban en las estanterías de las paredes, rostros de cristos coronados de espinas, dolorosas con el misterio de unos ojos sin

definir, santos de barbas modeladas con los pellizcos que su padre le daba cuando no era obediente, pellas sin forma a la espera de unas manos que le dieran el hálito de la existencia al barro. Todas se alineaban en una isocefalia que parecía premeditada, aunque fuera fruto de la falta de espacio del taller. Junto a tanta cabeza se alineaban, por tamaños y formas, gubias, escofinas, martillos y sierras de diferente grosor, una cacharrería fascinante para una niña de seis años de facciones redondas, de mirada limpia, pelo recogido con la tirantez de una madre y ojos llenos de una vida que se iniciaba. Porque su vida, seguro que lo decidió aquel mismo día, sería llegar a alcanzar la maestría de su padre, transmitir el movimiento mediante un gubiazos en un tronco, mover a los sentimientos por el gesto de un entrecejo modelado en barro, llamar a la conversión por el drama tallado en maderas olorosas. Seguramente allí lo decidió.

—Mira Luisa Ignacia, te voy a enseñar algo importante, que bien sabe el Diablo a quién se le aparece.

Luisa Ignacia. Solo su padre decía su nombre al completo, el que le impusieron en una tarde calurosa de septiembre en la pila de la parroquia de Santa Marina, un viejo templo mudéjar que se abría a una pequeña plaza de la calle Real, aquella por la que entraron algunos reyes desde la puerta de la Macarena y que parecía tener otras parroquias alineadas, San Gil, San Marcos, Santa Catalina... añejos templos cargados de leyendas y de *sebkas* musulmanas con las que Luisa solía fantasear imaginando a viejos moriscos vestidos a la turca. Luisa Ignacia Roldán Villavicencio, la hija de Pedro y de Teresa, a la que solo llamaba Ignacia su padre por el recuerdo del fundador de la Compañía de Jesús.

—Hija, me da que el Altísimo te quiso dar la misma virtud que a Ignacio de Loyola...

Luisa sonríe al recordar aquellas palabras. Su padre había elegido su segundo nombre como devoto, pero también como admirador de aquel santo revestido de negro que el maestro Martínez Montañés había tallado para la Casa Profesa de la Compañía en Sevilla. Un san Ignacio en el que la madera se hacía carne, el rostro de un idealista cargado del realismo de unas lágrimas de

cristal que surcaban su rostro. Puro verismo para representar el llamado don de lágrimas que algunos estiman como virtud y que otros catalogan como debilidad. Un don que Montañés había llevado al santo retratado a partir de una mascarilla funeraria y que emergía en la penumbra de la Casa Profesa junto a otras tallas, las de Francisco Javier y de Francisco de Borja. Luisa no olvida, cómo iba a hacerlo, esa calavera en manos de Borja, el duque de Gandía, ese símbolo de aquella mujer hermosa a la que visitó la muerte, aquella emperatriz que se convirtió en polvo, ceniza, corrupción, gusanos... Como el lema de Mañara. El rostro de la muerte que ahora visitaba a Luisa y que le hacía volver a lo que un día fue la vida.

—Eres tan llorona como san Ignacio de Loyola. Dicen que derramaba lágrimas varias veces al día. Pero no creas que eso es malo. Es la emoción que no se contiene. Y eso nos hace fuertes. Y santos. Aunque todo el mundo sepa aquello que, de padre santo, hijo diablo...

En el taller se escucharon risas. Parecían rebotar entre las herramientas de metal que el maestro ordenaba metódicamente. Azuelas, hachas, martillos, gubias, cinceles de todos los tamaños y limas de todas las texturas, desde las más rugosas a las que apenas parecían acariciar la epidermis de las maderas que se acumulaban por los rincones. Risas familiares, las de María Josefa, la hermana mayor, y las de Francisca, la hermana del alma de Luisa, la primera había cumplido ya los catorce años y despuntaba en el trabajo del barro, la segunda, apenas un año mayor que Luisa, ya mostraba su afición por mezclar colores en vasijas de barro para imaginar ángeles con plumas de mil tonalidades, armaduras de colores infinitos y retablos de brillos imposibles. María ya era toda una moza, el maestro veía en sus manos el don para modelar el barro, quizás algún día la madera. Francisca, que tendría unos siete años, era la compañera habitual de juegos de Luisa. Juntas formaban una trinidad perfecta en la que María modelaba y moldeaba la personalidad de sus hermanas pequeñas.

—Padre, ¿habrá alguna ocasión en la que hables y que no incluyas algún refrán o dicho de tus mayores? —preguntaba la hermana

mayor al maestro mientras contenía las risas de sus hermanas pequeñas.

—Mirad, hijas —al maestro se le fruncía el ceño y se le encrespaban sus pobladas cejas—, más sabe el diablo por viejo que por diablo, y bien es sabido que el diablo hace la olla, pero no la tapa, así que ya va siendo hora de que os enseñe algo que os tengo escondido y bien tapado en los últimos meses, que, de padre santo, hijo demonio y no me fío un pelo de mi barba en que no me magulléis esta obra en la que tanto empeño llevo puesto.

Mientras las dos pequeñas volvían a contener las risas y María dibujaba una pequeña mueca de satisfacción y hasta un principio de vanidad en su rostro, el maestro se dirigió al fondo del taller, junto a unas baldas en las que se ordenaban rostros de barro de diferentes formas y tamaños junto a grandes carpetas rebosantes de estampas grabadas y algún libro revestido del sutil polvillo de las virutas de madera.

El maestro tomó uno de esos libros y se dirigió de forma solemne a un rincón fantasmagórico en el que unas telas cubrían unas formas desconocidas.

Un misterio. Al maestro Pedro Roldán le gustaba rodearse de ese misterio y transmitirlo a sus hijas.

—Dios es, fundamentalmente, un misterio. —La frase que Luisa recuerda policromada en oro viejo en algún rincón de su mente. Su padre la repetía mucho. Pero aquel día el misterio se resolvió cuando el escultor apartó, con la solemnidad de una zarabanda de Corpus, las telas que cubrían aquel volumen oculto, al tiempo que descorría la cortina de la ventana del fondo de la estancia y se aprestaba a leer algún párrafo del voluminoso libro que había tomado de la estantería.

— ¡Es un ángel!

Las hermanas más pequeñas quedaron absortas contemplando la imagen. Ellas mismas parecían cualquiera de aquellas marías con cara de asombro que tallaba su padre en el taller para tantas cofradías. Sorpresa en el rostro y ese punto de admiración que Luisa conservaría hacia su padre todos los días de su vida. A pesar de las adversidades y de las contrariedades.